

El amor nunca termina

Los perros comenzaron a ladrar, pero sus ladridos casi se anulaban por los gritos de los niños que corrían hacia fuera de la aldea; pues dos extrañas mujeres subían por el camino hacia Belén. Caminaban despacio, y la más vieja se tambaleaba un poco –venían de lejos porque sus ropas y sus caras estaban polvorientas. Los aldeanos se detenían a mirarlas con curiosidad mientras ellas se acercaban al pozo.

Entonces, una mujer gritó: “¿No te conozco? ¿No eres tú Noemí, la esposa de Elimelec el cual se fue de aquí hace años para Moab?” La mujer murmuró: “No Noemí, la feliz; llámame Mara, la amargada,” y se sentó pesadamente sobre el brocal del pozo.

“Pero, ¿qué ha ocurrido? ¿Dónde está tu esposo? ¿Y quién es esta mujer?” Noemí les contó cómo habían muerto su esposo y sus hijos, y cómo esa mujer moabita, Rut, viuda de Mahlón, uno de sus hijos, se había ofrecido a acompañarla de regreso a su antiguo hogar en Belén.

Las dos mujeres encontraron la antigua casa de Noemí, una edificación de piedras con un solo cuarto ahora en ruinas, y lo arreglaron para que esa noche les sirviera de refugio. Llegó la noche y las mujeres vecinas les trajeron una parte de su comida, a los israelitas se les había enseñado la importancia de cuidar a los pobres en medio de ellos, y no había nadie tan desamparado como estas dos mujeres.

Era primavera, y había campos que habían sido de Elimelec, pero la primavera es tiempo de cosecha en Judá, y tendría que pasar todo un año antes de que pudieran cosechar un solo grano y por delante había un largo y seco verano. Así que a la mañana siguiente, Noemí envió a Rut a buscar algún campo donde se cosechara cebada. Rut tenía miedo y discutió un poco con su suegra; no conocía aquel país, nunca antes había estado en Israel; sabía que todos la identificarían como extranjera por su acento, y no sabía cómo la iban a tratar. Pero Noemí la animó diciéndole: “Rut, en este país hay una

ley por la cual los pobres tiene derecho de entrar en los campos y seguir a los segadores levantando lo que ellos botan. La otra alternativa a esto es morirnos de hambre.”

Así que Rut fue, caminó de aquí para allá tímidamente hasta que vio un campo de cebada en siega y a algunas personas que recogían y restregaban en sus manos las espigas que habían caído al suelo o que habían quedado en las plantas, y ella comenzó a hacer lo mismo. De esta manera, regresó a casa esa tarde con un cuarto de un efa (más de veinte kilos) de cebada , una gran cosa para un recogedor, especialmente para alguien que nunca antes había realizado ese trabajo, y también llevó un poco de pan.

-“¿Dónde trabajaste hoy? “¿Dónde conseguiste todo esto?”

-“ En el campo de Booz. El dueño me habló, dijo que me agradecía que hubiera venido a Moab para vivir contigo, y compartió su almuerzo conmigo.”

- “¡Booz! El bueno de Booz.” Él es pariente de mi esposo. Siempre fue un buen hombre, pero por ser bueno contigo por mi causa, ¡que Dios lo bendiga!”

- “ Me dijo que regresara mañana.”

- “Por supuesto, regresa. Si alguna vez hubo dos mujeres que necesitaran de un ayudante y protector, somos nosotras, y si Booz se preocupa por nuestro bienestar, tal vez, después de todo, no todo esté perdido para nosotras.”

Así fue durante todo el tiempo que duró la cosecha. Rut iba a los campos a recoger, y Booz cuidaba que no fuera maltratada porque era joven y extranjera y una moabita.

Un día Noemí le dijo a su nuera: “Rut, tú sabes lo triste que he estado desde que murieron mis hijos, pero no sé si entiendes la tragedia que esto significa para una israelita. Como mujer israelita creo que mi principal deber es tener hijos y criarlos para que transmitan el nombre de mi marido a la siguiente generación. Y yo creí que había cumplido con mi deber. Tenía dos buenos hijos, pero cuando murieron antes de que tú u Orfa pudieran tener hijos, mi vida entera fue sacudida. Ahora, el nombre de mi esposo

ha sido cortado de la tierra de los vivientes, y asimismo el nombre de tu esposo. Como moabita, esto tal vez no signifique gran cosa para ti, pero mi vida carece de todo sentido, pues no he podido cumplir el propósito para el que fui creada.”

“Pero he estado pensando en estos últimos días que tal vez todavía haya alguna manera de remediar esta situación. Esto es tan importante para nosotros en Israel que hemos previsto algunas medidas para casos especiales, existe una ley que se llama la Ley de levirato. Si un hombre muere sin haber procreado, es deber de su hermano tomar a su viuda por esposa y procrear hijos con ella que no serán suyos. Por ley, serán los hijos de su hermano muerto, heredarán sus propiedades y llevarán su nombre. Tu marido, Mahlón, no tiene un hermano sobreviviente que cumpla con este deber, pero Booz es un pariente cercano. Él podría hacerlo. Puesto que no es su hermano, no está obligado a ello, pero es un buen israelita, guarda la Ley fielmente, y lo he visto tan compadecido de nosotras que tal vez quiera ayudarnos.”

Rut se quedó asustada ante la idea de casarse con Booz. “Madre, esto me parece muy extraño. Él es un hombre rico y nosotras somos pobres. Él es israelita y yo soy moabita. Él es viejo, debe tener 35 años, y yo sólo tengo 17. ¿Cómo podemos contemplar la idea de que sea mi marido?”

“No, hija mía. Yo no soy tu madre y no tengo autoridad legal para serlo. No puedo arreglar un matrimonio para ti como lo podría hacer tu padre. Este es un asunto difícil, y tendremos que usar un procedimiento irregular. En estos momentos, Booz avienta la parva de la cebada y los hombres duermen sobre el campo para cuidar el grano. Cuando oscurezca y sea tan tarde que nadie más esté cerca, ve donde él duerme y habla con él sobre esto.”

“No. ¿Cómo podría? Me daría vergüenza. Las mujeres israelitas no andan vagando de noche por donde duermen los hombres, a menos que sean prostitutas.

Tampoco las moabitas hacen esto. ¿Qué pensaría de mí? Y como si esto no fuera suficiente, ¡después pedirle que se case conmigo! Yo no soy ese tipo de persona.”

“Entiendo, Rut. No eres una persona locuaz sino más bien un poco tímida. Ser extranjera aquí también te pone en una situación difícil. Pero ¿qué es más importante para ti, tu honor, tu auto respeto, evitar la vergüenza, mantener el comportamiento normal de una dama, o Mahlón, tu esposo y Noemí a quien has jurado lealtad?”

Hubo un silencio por un momento, Luego, “Haré todo lo que me has dicho”.

Regresó por la mañana. “Booz es un buen hombre –le dijo- y hará lo que pueda por nosotras.”

Booz era un israelita de cepa y muy caballeroso y estaba decidido a rescatar a Noemí y a Rut de la pobreza y de la desgracia de no tener descendencia. Pero no era un asunto fácil de resolver y temprano esa mañana, él ya estaba a las puertas de la ciudad donde tenían lugar todo tipo de actividades comerciales y legales. El problema era que el matrimonio por levirato tenía que contraerse con el familiar más cercano, y había un pariente más cercano a Elimelec que Booz. Pronto pasó por allí dicho pariente para ir a los campos.

“Primo, tengo un asunto que tratar contigo. Ven y siéntate.” Luego, Booz reunió a diez hombres más para que fueran sus testigos y así comenzó la negociación.

“Has visto a Noemí desde que regresó, ¿no es cierto? ¿Sabías que quiere vender la propiedad de Elimelec?”

“No, no lo había escuchado.”

“Pero, desde luego, tú, como el pariente más próximo, por derecho tienes la primera opción para comprarlo. ¿Te interesa?”

“Sí, podría ser.”

“Debo recordarte sí, que hay dos obligaciones que el pariente más próximo debe cumplir en este caso. Esa mujer moabita, Rut, es la viuda de Mahlón, y si compras la

tierra para que permanezca en la familia, por derecho debes casarte con Rut y procrear hijos en nombre de Mahlón.”

“Bueno, ese es otro asunto. Yo tengo mis propios hijos, y si compro la tierra de Elimelec, los hijos de Rut van a heredarla y lo más probable es que se produzcan conflictos relativos a esta herencia. No, gracias. Yo tengo mi propia familia que debo cuidar.”

“¿Estás seguro? Muy bien. En ese caso, yo voy a comprar la tierra y me voy a casar con Rut.”

Y así ocurrió.

Rut y Booz nos han dado uno de los más hermosos ejemplos del tipo de amor que Pablo describe en 1 Corintios 13. Del amor que “todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.” Del amor que nunca termina. Rut no tenía nada que ganar yendo a Judá con su suegra. Su propio interés la hubiera mantenido en Moab con su familia donde podía encontrar otro esposo de su mismo pueblo. Pero su amor por su esposo muerto y por Noemí era de aquel tipo que voluntariamente asume obligaciones hacia otros y que lo hace con gozo. La pobreza, las dificultades de ser extranjero en una tierra extraña, la vergüenza de pedirle a Booz que se casara con ella, nada de esto fue un obstáculo para hacer lo que mandaba el amor.

Y Booz –un hombre rico, altamente estimado, que ya lo tenía todo- asumía el riesgo de ser señalado por casarse con una mujer extranjera, asumía el riesgo de meterse en problemas que podían perjudicar su herencia porque los hijos nacidos de Rut no serían legalmente suyos. Booz no tenía necesidad de crearse problemas, y sin embargo, su corazón se llenó de amor hacia dos mujeres desamparadas y compasión por la rama de su familia que sería cortada si él no hacía algo al respecto.

La historia de Rut con frecuencia se ve como una historia de amor romántica, y tal vez había romance. Estoy seguro de que tendemos a pensar en ella como una joven

bella, y en Booz como un hombre rico y guapo. Pero tratemos de leer esta historia de una manera distinta. Tratemos de imaginar a la mujer Rut, sola, descuidada de sí misma, y desamparada, y a Booz como a un hombre viejo y decrepito. ¿Cambiarían estos factores el desenlace de la historia? Ni una pizca. Claro, yo esperaría que hubiera algo de romance entre ellos, pero el tipo de amor del que nos habla esta historia, el amor que motivó a Rut y a Booz a hacer lo que hicieron, fue el tipo de amor desinteresado que procede de Dios y que conocemos mejor en Jesús, y que también hemos recibido de nuestros padres, y, a veces, de nuestros buenos amigos y vecinos. Es ese tipo de amor el que hace que el mundo siga adelante.

Dane Boyles

Leander, Texas USA & Cuenca – Ecuador